

ONCE MINUTOS



PAULO COELHO

EDITADO POR "EDICIONES LA CUEVA"

CONTRAPORTADA:

María es de un pueblo del norte de Brasil. Todavía adolescente, viaja a Río de Janeiro, donde conoce a un empresario que le ofrece un buen trabajo en Ginebra. Allí, María sueña con encontrar fama y fortuna pero acabará ejerciendo la prostitución. El aprendizaje que extraerá de sus duras experiencias modificará para siempre su actitud ante sí misma y ante la vida. *Once Minutos* es una novela que habla del amor, esa palabra tan gastada, cuya esencia es maltratada cotidianamente por las acciones humanas.

Es un libro que explora la naturaleza del sexo y del amor, la intensa y difícil relación entre cuerpo y alma, y cómo alcanzar la perfecta unión entre ambos. *Once Minutos* ofrece al lector una experiencia inigualable de lectura y reflexión. Paulo Coelho, con más de cuarenta y tres millones de libros vendidos, no es sólo uno de los autores más leídos del mundo, sino también uno de los escritores con mayor influencia de hoy en día. Lectores de más de ciento cincuenta países, sin distinción de credos ni culturas, lo han convertido en uno de los autores de referencia de nuestro tiempo.

Paulo Coelho (Río de Janeiro, 1947) se inició en el mundo de las letras como autor teatral. Después de trabajar como letrista para los grandes nombres de la canción popular brasileña, se dedicó al periodismo y a escribir guiones para la televisión. Con la publicación de sus primeros libros, *El Peregrino (Diario de un mago) (1987)* y *El Alquimista (1988)*, Paulo Coelho inició un camino lleno de éxitos que lo ha consagrado como uno de los grandes escritores de nuestro tiempo.

Publicadas en más de ciento cincuenta países, las obras de Paulo Coelho han sido traducidas a cincuenta y seis idiomas, con más de cuarenta y tres millones de libros vendidos. Además de recibir destacados premios y menciones internacionales, en 1996 el ministro de Cultura francés lo nombró Caballero de las Artes y las Letras. Es consejero especial de la Unesco para el programa de convergencia espiritual y diálogos interculturales. En 1999 recibió el Premio Crystal Award que concede el Foro Económico Mundial, la prestigiosa distinción Chevalier de l'Ordre National de la Légion d'Honneur del gobierno francés y la Medalla de Oro de Galicia. Su obra literaria es lectura recomendada en varias universidades y desde octubre de 2002 es miembro de la Academia Brasileña de las Letras.

Paulo Coelho, con más de cuarenta y tres millones de libros vendidos, no es sólo uno de los autores más leídos del mundo, sino también uno de los escritores con mayor influencia de hoy en día. Lectores de más de ciento cincuenta países, sin distinción de credos ni culturas, lo han convertido en uno de los autores de referencia de nuestro tiempo.

María es de un pueblo del norte de Brasil. Todavía adolescente, viaja a Río de Janeiro, donde conoce a un empresario que le ofrece un buen trabajo en Ginebra. Allí, María sueña con encontrar fama y fortuna pero acabará ejerciendo la prostitución. El aprendizaje que extraerá de sus duras experiencias modificará para siempre su actitud antesí misma y ante la vida. *Once minutos* es una novela que habla del amor, esa palabra tan gastada, cuya esencia es maltratada, cotidianamente por las acciones humanas. Es un libro que explora la naturaleza del sexo y del amor, la intensa y difícil relación entre cuerpo y alma, y cómo alcanzar la perfecta unión entre ambos. *Once minutos* ofrece al lector una experiencia inigualable de lectura y reflexión.

Oh, María, sin pecado concebida, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos. Amén.

El día de 29 de mayo de 2002, horas antes de ponerle el punto final a este libro, fui hasta la gruta de Lourdes, en Francia, para llenar algunas botellas de agua milagrosa en la fuente que hay allí. Ya dentro del recinto de la catedral, un señor de aproximadamente setenta años me dijo: «Sabe que se parece usted a Paulo Coelho? ». Le respondí que era yo. Me abrazó, me presentó a su esposa y a su nieta. Me habló de la importancia de mis libros en su vida, y concluyó: «Me hacen soñar». Ya había oído esta frase varias veces antes, y siempre me alegraba. En aquel momento, sin embargo, me asusté mucho, porque sabía que *Once minutos* hablaba de un asunto delicado, contundente, conflictivo. Caminé hasta la fuente, llené las botellas, volví, le pregunté dónde vivía (en el norte de Francia, cerca de Bélgica) y anoté su nombre.

Este libro está dedicado a usted, Maurice Gravelines. Tengo una obligación para con usted, con su mujer, con su nieta, y para conmigo: hablar de aquello que me preocupa, y no de lo que a todos les gustaría escuchar. Algunos libros nos hacen soñar, otros nos acercan a la realidad, pero ninguno puede huir de aquello que es más importante para un autor: la honestidad para con lo que escribe.

Porque soy la primera y la última,
 yo soy la venerada y la despreciada,
 yo soy la prostituta y la santa,
 yo soy la esposa y la virgen,
 yo soy la madre y la hija,
 yo soy los brazos de mi madre,
 yo soy la estéril y numerosos son mis hijos,
 yo soy la bien casada y la soltera,
 yo soy la que da a luz y la que jamás procreó,
 yo soy el consuelo de los dolores del parto,
 yo soy la esposa y el esposo,
 y fue mi hombre quien me creó,
 yo soy la madre de mi padre,
 soy la hermana de mi marido,
 y él es mi hijo rechazado.
 Respetadme siempre,
 porque yo soy la escandalosa y la magnífica.

Himno a Isis, s. III o IV (?),
descubierto en Nag Hammadi



Y he aquí que llegó una mujer pecadora que había en la ciudad, la cual, sabiendo que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, tornó un frasco de alabastro de unguento, se puso detrás de él, junto a sus pies, llorando, y comenzó a lavárselos con lágrimas en los ojos; le enjugaba los pies con los cabellos de su cabeza, los besaba y los ungía con el unguento. Viendo esto, el fariseo que lo había invitado dijo para sí: «Si éste fuera profeta, conocería quién es la mujer que lo toca, porque es una pecadora». Tomando Jesús la palabra, le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él dijo: «Maestro, habla». « Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios; el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, le condonó la deuda a ambos. ¿Quién, pues, lo amará más?», y Simón respondió: «Supongo que aquel a quien condonó más». Dijo: «Bien has respondido. -Y señalando a la mujer, le dijo a Simón:- ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua en los pies; mas ella los ha regado con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el ósculo; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con óleo, pero ella ha ungido mis pies con unguento. Por lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho. Pero a quien poco se le perdona poco ama».

LUCAS, 7, 37-47

Érase una vez una prostituta llamada María.

Un momento. «Érase una vez» es la mejor manera de comenzar una historia para niños, mientras que «prostituta» es una palabra propia del mundo de los adultos. ¿Cómo puedo escribir un libro con esta aparente contradicción inicial? Pero, en fin, como en cada momento de nuestras vidas tenemos un pie en el cuento de hadas y otro en el abismo, vamos a mantener este comienzo:

Érase una vez una prostituta llamada María.

Como todas las prostitutas, había nacido virgen e inocente, y durante su adolescencia había soñado con encontrar al hombre de su vida (rico, guapo, inteligente), casarse (vestida de novia), tener dos hijos (que serían famosos cuando creciesen) y vivir en una bonita casa (con vista al mar). Su padre era vendedor ambulante; su madre, costurera, su ciudad en el interior del Brasil tenía un solo cine, una discoteca, una sucursal bancaria, por eso María no dejaba de esperar el día en que su príncipe encantado llegara sin avisar, arrebatara su corazón, y partiera con él a conquistar el mundo.

Mientras el príncipe encantado no aparecía, lo que le quedaba era soñar. Se enamoró por primera vez a los once años, mientras iba a pie desde su casa hasta la escuela primaria local. El primer día de clase descubrió que no estaba sola en su trayecto: junto a ella caminaba un chico que vivía en el vecindario y que asistía a clases en el mismo horario. Nunca intercambiaron ni una sola palabra, pero María empezó a notar que la parte que más le agradaba del día eran aquellos momentos en la carretera llena de polvo, la sed, el cansancio; el sol en el cenit, el niño andando de prisa, mientras ella se agotaba en el esfuerzo por seguirle el paso.

La escena se repitió durante varios meses; María, que detestaba estudiar y no tenía otra distracción en la vida que la televisión, empezó a desear que el día pasase rápido, esperando con ansiedad volver al colegio y, al contrario que el resto de las niñas de su edad, pensando que los fines de semana eran aburridísimos. Como las horas de un pequeño son mucho más largas que las de un adulto, ella sufría mucho, los días se le hacían demasiado largos porque solamente pasaba diez minutos con el amor de su vida, y miles de horas pensando en él, imaginando lo maravilloso que sería si pudiesen charlar.

Entonces sucedió.

Una mañana, el chico se acercó hasta ella para pedirle un lápiz prestado. María no respondió, mostró un cierto aire de irritación por aquel abordaje inesperado, y apresuró el paso. Se había quedado petrificada de miedo al verlo andar hacia ella, sentía pavor de que supiese cuánto lo amaba, cuánto lo esperaba, cómo soñaba con tomar su mano, pasar por delante del portal de la escuela y seguir la carretera hasta el final, donde, según decían, había una gran ciudad, personajes de la tele, artistas, coches, muchos cines y un sinfín de cosas buenas que hacer.

Durante el resto del día no consiguió concentrarse en la clase, sufriendo por su comportamiento absurdo, pero al mismo tiempo aliviada, porque sabía que él también se había fijado en ella y que el lápiz no era más que un pretexto para iniciar una conversación, pues cuando se acercó ella notó que llevaba un bolígrafo en el bolsillo. Esperó a la próxima vez y durante aquella noche, y las noches siguientes, empezó a imaginar las muchas respuestas que le daría, hasta encontrar la manera oportuna de comenzar una historia que no terminase jamás.

Pero no hubo próxima vez; aunque seguían yendo juntos al colegio, algunas veces María unos pasos por delante con un lápiz en la mano derecha; otras, andando detrás para poder contemplarlo con ternura, él no volvió a dirigirle la palabra, y ella tuvo que contentarse con amar y sufrir en silencio hasta el final del curso.

Durante las interminables vacaciones que siguieron, María se despertó una mañana con las piernas bañadas en sangre y pensó que iba a morir. Decidió dejarle una carta diciéndole que él había sido el gran amor de su vida y planeó internarse en la selva para ser devorada por alguno de los dos animales salvajes que atemorizaban a los campesinos de la región: el hombre lobo o la mula sin cabeza¹. Así, sus padres no sufrirían con su muerte, pues los pobres mantienen siempre la esperanza, independientemente de las tragedias que siempre les suceden. Pensarían que había sido raptada por una familia rica y sin hijos, pero que tal vez volvería un día, en el futuro, llena de gloria y de dinero; mientras, el actual (y eterno) amor de su vida se acordaría de ella para siempre, sufriendo todas las mañanas por no haber vuelto a dirigirle la palabra.

No llegó a escribir la carta, porque su madre entró en el cuarto, vio las sábanas rojas, sonrió y dijo: «Ya eres una mujer, hija mía». María quiso saber qué relación había entre ser mujer y el hecho de sangrar, pero su madre no supo explicárselo, simplemente afirmó que era normal y que de ahora en adelante tendría que usar una especie de almohada de muñeca entre las piernas, durante cuatro o cinco días al mes. Luego preguntó si los hombres usaban algún tubo para evitar que la sangre les corriese por los pantalones, pero se enteró de que eso sólo les ocurría a las mujeres. María se quejó a Dios, pero acabó acostumbrándose a la menstruación. Sin embargo, no conseguía acostumbrarse a la ausencia del niño y no dejaba de recriminarse por la actitud estúpida de huir de aquello que más deseaba. Un día, antes de empezar las clases, fue hasta la única iglesia de su ciudad y juró ante la imagen de San Antonio que tomaría la iniciativa de hablar con él.

Al día siguiente, se arregló de la mejor manera posible, poniéndose un vestido que su madre había hecho especialmente para la ocasión, y salió, agradeciéndole a Dios que por fin las vacaciones hubiesen terminado. Pero el niño no apareció. Y así pasó otra angustiosa semana, hasta que supo, por algunos amigos, que se había mudado de ciudad. «Se fue lejos», dijo alguien.

En ese momento, María aprendió que ciertas cosas se pierden para siempre. Aprendió también que había un lugar llamado «lejos», que el mundo era vasto, su aldea, pequeña, y que la gente interesante siempre acababa marchándose. A ella también le habría gustado irse, pero todavía era demasiado joven; aun así, mirando las calles polvorientas de la pequeña ciudad en la que vivía, decidió que algún día seguiría los pasos del niño. Los nueve viernes siguientes, conforme a una costumbre de su religión, comulgó y le pidió a la Virgen María que algún día la sacase de allí.

También sufrió durante algún tiempo, intentando inútilmente encontrar la pista del chico, pero nadie sabía adónde se habían mudado sus padres. María empezó a creer entonces que el mundo era demasiado grande, el amor, algo muy peligroso, y la Virgen, una santa que vivía en un cielo distante y que no escuchaba lo que los niños pedían.

Pasaron tres años, María aprendió geografía y matemáticas, empezó a seguir las telenovelas, leyó en el colegio sus primeras revistas eróticas, comenzó a escribir un diario en el que hablaba de su monótona vida y de las ganas que tenía de conocer aquello que le enseñaban en clase: océano, nieve, hombres con turbante, mujeres elegantes y llenas de joyas... Pero como nadie puede vivir de deseos imposibles, sobre todo cuando la madre es costurera y el padre no para en casa, en seguida entendió que debía prestar más atención a lo que pasaba a su alrededor. Estudiaba para superarse, al mismo tiempo que buscaba a alguien con quien poder compartir sus sueños de aventuras.

A los quince años se enamoró de un chico que había conocido en una procesión de Semana Santa. No repitió el error de la infancia: charlaron, se hicieron amigos y empezaron a ir al cine y a las fiestas juntos. También se dio cuenta de que, tal como había sucedido con el niño, el amor estaba más asociado a la ausencia que a la presencia de la persona: vivía echándolo de menos, pasaba horas imaginando lo que iba a decirle en la próxima cita y recordaba cada segundo que habían estado juntos, intentando descubrir lo que había hecho bien y en qué había errado. Le gustaba verse a sí misma como a una chica experimentada que ya había dejado escapar un gran amor; sabía el dolor que eso causaba. Ahora estaba dispuesta a luchar con todas sus fuerzas por este hombre, por el matrimonio, porque éste era el adecuado para el matrimonio, los hijos, la casa junto al mar. Fue a hablar con su madre, que imploró:

-Aún es muy pronto, hija mía.

-Pero tú te casaste con papá cuando tenías dieciséis años. La madre no quería explicarle que había sido a causa de un embarazo inesperado, de modo que usó el argumento «eran otros tiempos», para zanjar así la cuestión.

¹ En Brasil, según la creencia popular, es la concubina de cura que, transformada en mula sin cabeza después de su muerte, sale a galopar ciertas noches, asustando a los supersticiosos. (N. de la T.)

Al día siguiente fueron a caminar por los alrededores de la ciudad. Charlaron un poco, María le preguntó si no le apetecía viajar, pero, en vez de responder, él la agarró entre sus brazos y le dio un beso.

¡El primer beso de su vida! ¡Cómo había soñado con aquel momento! Y el paisaje era especial, las garzas volando, la puesta de sol, la región semiárida con su belleza agresiva, el sonido de una música a lo lejos. María fingió reaccionar contra el impulso, pero después lo abrazó y repitió aquello que había visto tantas veces en el cine, en las revistas y en la tele: restregó con violencia sus labios contra los de él, moviendo la cabeza de un lado a otro, en un movimiento medio rítmico, medio descontrolado. Notó que, de vez en cuando, la lengua del chico tocaba sus dientes, y lo encontró delicioso.

Pero él dejó de besarla de repente. -¿No quieres? -preguntó.

¿Qué debía responder?, ¿que quería? ¡Claro que quería! Pero una mujer no debe comportarse de esa manera, sobre todo ante su futuro marido, o se pasará el resto de la vida desconfiado porque ella lo acepta todo con mucha facilidad. Prefirió no decir nada.

Él la abrazó de nuevo, repitiendo el gesto, esta vez con menos entusiasmo. Volvió a parar, sorprendido, y María sabía que algo iba muy mal, pero tenía miedo de preguntar. Lo tomó de la mano y caminaron hasta la ciudad, charlando sobre otros asuntos, como si nada hubiese pasado.

Aquella noche, escogiendo algunas palabras difíciles -porque creía que todo lo que escribiese sería leído algún día- y segura de que algo muy grave había ocurrido, anotó en su diario:

Cuando conocemos a alguien y nos enamoramos, tenemos la impresión de que todo el universo está de acuerdo; hoy sucedió en la puesta de sol. ¡Sin embargo, aunque algo salga mal, no sobra nada! Ni las garzas, ni la música a lo lejos, ni el sabor de sus labios. ¿Cómo puede desaparecer tan de prisa la belleza que allí había hace unos pocos minutos? La vida es muy rápida; hace que la gente pase del cielo al infierno en cuestión de segundos.

Al día siguiente fue a hablar con sus amigas. Todas la habían visto salir a pasear con su futuro «novio»; después de todo, no es suficiente tener un gran amor, también es necesario hacer que todos sepan que eres una persona muy deseada. Sentían muchísima curiosidad por saber qué había pasado, y María, muy orgullosa, dijo que la mejor parte había sido cuando su lengua le tocaba los dientes. Una de las chicas se rió.

-¿No abriste la boca?

De repente, todo estaba claro, la pregunta, la decepción.

-¿Para qué?

-Para dejar que la lengua entrase.

-¿Y cuál es la diferencia?

-No tiene explicación. Se besa así.

Risitas escondidas, aires de supuesta compasión, venganza conmemorada entre las chicas que jamás habían tenido un pretendiente. María fingió que no le daba importancia, también rió, aunque su alma llorase. Secretamente blasfemó contra el cine, donde había aprendido a cerrar los ojos, a agarrar la cabeza del otro con la mano, a mover la cara un poco hacia la izquierda, un poco hacia la derecha, pero que no mostraba lo esencial, lo más importante. Elaboró una explicación perfecta («no me quise entregar ya, porque no estaba convencida, pero ahora he descubierto que tú eres el hombre de mi vida») y aguardó a la próxima oportunidad.

Pero no vio al chico hasta tres días después, en una fiesta en el club de la ciudad, tomado de la mano de una de sus amigas, la misma que le había preguntado sobre el beso. María de nuevo fingió que no tenía importancia, aguantó hasta el final de la noche charlando con sus compañeras sobre artistas y otros chicos de la ciudad, fingiendo ignorar algunas miradas compasivas que de vez en cuando una de ellas le lanzaba. Al llegar a casa, sin embargo, dejó que su universo se derrumbase, lloró toda la noche, sufrió durante ocho meses seguidos, y concluyó que el amor no estaba hecho para ella, ni ella para el amor. A partir de ahí, empezó a considerar la posibilidad de hacerse monja y dedicar el resto de su vida a un tipo de amor que no hiera ni deja marcas dolorosas en el corazón, el amor a Jesús. En el colegio hablaban de misioneros que se iban a África, y ella decidió que allí estaba la solución a su vida vacía de emociones. Hizo planes para entrar en el convento, aprendió primeros auxilios (ya que, según algunos profesores, moría mucha gente en África), se dedicó con más ahínco a las clases de religión, y comenzó a imaginarse como santa de los tiempos modernos, salvando vidas y conociendo la selva donde vivían tigres y leones.

Pero aquel año, el de su decimoquinto aniversario, no sólo le había reservado el descubrimiento de que el beso se da con la boca abierta, o que el amor es sobre todo una fuente de sufrimiento. Descubrió una tercera cosa: la masturbación. Fue casi por casualidad, jugando con su sexo mientras esperaba que su madre volviese a casa. Acostumbraba a hacerlo cuando era niña, y le gustaba mucho lo que sentía, hasta que un día el padre la vio y le dio una paliza, sin explicarle el motivo. Jamás lo olvidó: aprendió que no debía tocarse delante de los demás. Como no podía hacerlo en medio de la calle, y como en su casa no tenía una habitación para ella sola, se olvidó de esa sensación agradable.

Hasta aquella tarde, casi seis meses después de aquel beso. Su madre tardaba, ella no tenía nada que hacer, el padre acababa de salir con un amigo, y a falta de un programa interesante en la tele, comenzó a examinar su cuerpo con la esperanza de encontrar algún pelo no deseado, que en seguida sería arrancado con una pinza. Para su sorpresa, notó una pequeña pepita en la parte superior de su vagina; se puso a jugar con ella y ya no pudo parar; la sensación era cada vez más placentera, más intensa, y to-

do su cuerpo, sobre todo la parte que estaba tocando, se estaba poniendo rígido. Poco a poco fue entrando en una especie de paraíso, la sensación fue aumentando de intensidad, notó que ya no veía ni oía bien, todo parecía haberse vuelto amarillo, hasta que gimió de placer y tuvo su primer orgasmo.

¡Orgasmo! ¡Gozo!

Fue como si hubiese subido hasta el cielo, y ahora bajase en paracaídas, lentamente, a la tierra. Su cuerpo estaba bañado en sudor, pero ella se sentía completa, realizada, llena de energía. Entonces, ¡el sexo era aquello! ¡Qué maravilla! Nada de revistas pornográficas, en las que todo el mundo hablaba de placer pero ponía cara de dolor. Nada de necesitar hombres, a los que les gustaba el cuerpo pero despreciaban el corazón de una mujer. ¡Podía hacerlo todo solita! Repitió una segunda vez, ahora imaginando que era un actor famoso el que la tocaba, y de nuevo fue hasta el paraíso y bajó en paracaídas, todavía más llena de energía. Cuando iba a comenzar por tercera vez, su madre llegó.

María fue a hablar con sus amigas sobre su nuevo descubrimiento, esta vez evitando decir que había probado por primera vez hacía pocas horas. Todas, excepto dos, sabían de qué se trataba, pero ninguna de ellas había osado tocar el tema. En ese momento, María se sintió revolucionaria, líder del grupo, e inventando un absurdo «juego de confesiones secretas», le pidió a cada una de ellas que contase su manera preferida de masturbarse. Aprendió varias técnicas, como hacerlo debajo de las mantas en pleno verano (porque, decía una de ellas, el sudor ayudaba), usar una pluma de ganso para tocarse en ese sitio (ella no sabía el nombre de ese sitio), dejar que un chico lo hiciese (a María eso le parecía innecesario), usar la ducha del bidet (en su casa no tenían, pero en cuanto visitase a una de sus amigas ricas, probaría).

En cualquier caso, al descubrir la masturbación, y después de usar algunas de las técnicas sugeridas por sus amigas, desistió para siempre de la vida religiosa. Aquello le daba mucho placer, y por lo que insinuaban en la iglesia, el sexo era el mayor de los pecados. Se enteró de algunas leyendas al respecto por sus propias amigas: la masturbación llenaba la cara de espinillas, y podía conducir a la locura o al embarazo. Aun así, corriendo todos esos riesgos, continuó dándose placer al menos una vez a la semana, generalmente los miércoles, cuando su padre salía a jugar a las cartas con los amigos.

Al mismo tiempo, se sentía cada vez más insegura en su relación con los hombres, y más ansiosa por marcharse del lugar en el que vivía. Se enamoró una tercera vez, y una cuarta, ya sabía besar, tocaba y se dejaba tocar cuando estaba a solas con sus novios, pero siempre sucedía algo, y la relación terminaba justo en el momento en que por fin estaba convencida de haber hallado a la persona adecuada para pasar con ella el resto de su vida. Después de mucho tiempo, terminó concluyendo que los hombres sólo aportaban dolor, frustración, sufrimiento, y con la sensación de que los días se arrastraban. Una tarde, mientras observaba en el parque a una madre jugando con su hijo de dos años, decidió que podía llegar a pensar en marido, hijos y en la casa con vista al mar, pero que jamás volvería a enamorarse de nuevo, porque la pasión lo estropeaba todo.

Y así pasaron los años de la adolescencia de María. Se fue poniendo cada vez más atractiva, con su aire misterioso y triste, y la pretendieron muchos hombres. Salió con uno, con otro, soñó y sufrió, a pesar de la promesa que había hecho de no volver a enamorarse. En una de esas citas perdió la virginidad en el asiento trasero de un coche; ella y su novio se estaban tocando con más ardor que de costumbre, el chico se entusiasmó, y ella, cansada de ser la última virgen de su grupo de amigas, permitió que él la penetrase. Contrariamente a la masturbación, que la llevaba al cielo, aquello sólo la dejó dolorida, con un hilo de sangre que manchó la falda y que le costó limpiar. No tuvo la sensación mágica del primer beso, las garzas volando, la puesta de sol, la música... no, no quería acordarse más de aquello.

Hizo el amor con el mismo chico algunas veces más, después de amenazarlo, diciendo que su padre sería capaz de matarlo si descubría que habían violentado a su hija. Lo convirtió en un instrumento de aprendizaje, intentando entender a toda costa dónde estaba el placer del sexo con una pareja.

No lo entendió; la masturbación daba mucho menos trabajo, y muchas más recompensas. Pero todas las revistas, programas de televisión, libros, amigas, todo, ABSOLUTAMENTE TODO, decía que un hombre era importante. María empezó a creer que debía de tener algún problema sexual inconfesable, se concentró aún más en los estudios y olvidó por algún tiempo esa cosa maravillosa y asesina llamada Amor.

Del diario de María, cuando tenía diecisiete años:

Mi objetivo es comprender el amor. Sé que estaba viva cuando amé, y sé que todo lo que tengo ahora, por más interesante que pueda parecer, no me entusiasma. Pero el amor es terrible: he visto a mis amigas sufrir, y no quiero que eso me suceda a mí. Ellas, que antes se reían de mí y de mi inocencia, ahora me preguntan cómo consigo dominar a los hombres tan bien. Sonríe y callo, porque sé que el remedio es peor que el propio dolor: simplemente no me enamoro. Cada día que pasa veo con más claridad qué frágiles son los hombres, inconstantes, inseguros, sorprendentes... algunos padres de

*estas amigas llegaron a hacerme proposiciones, yo las rechacé. Antes me sorprendía; ahora creo que forma parte de la naturaleza masculina.
Aunque mi objetivo sea comprender el amor, y aunque sufran por culpa de los hombres a los que entregué mi corazón, veo que aquellos que tocaron mi alma no consiguieron despertar mi cuerpo, y quienes tocaron mi cuerpo no consiguieron llegar a mi alma.*



Cumplió diecinueve años, terminó la escuela secundaria, encontró un empleo en una tienda de tejidos y su jefe se enamoró de ella; pero María a esas alturas ya sabía cómo usar a un hombre sin ser usada por él. Jamás dejó que la tocara, aunque siempre se mostraba insinuante, concededora del poder de su belleza.

El poder de la belleza: ¿y cómo sería el mundo para las feas? Tenía algunas amigas en las que nadie se fijaba en las fiestas, nadie les decía: «¿Cómo estás?». Por increíble que parezca, esas chicas valoraban mucho más el poco amor que recibían, sufrían en silencio cuando eran rechazadas, e intentaban enfrentarse al futuro buscando otras cosas además de arreglarse para alguien. Eran más independientes, más dedicadas a sí mismas, aunque María imaginaba que el mundo debía de parecerles insoportable.

Ella, sin embargo, era consciente de su propia belleza. Aunque casi siempre olvidaba los consejos de su madre, había por lo menos uno que no se iba de su cabeza: «Hija mía, la belleza no dura». Por eso, continuó manteniendo una relación ni cercana ni distante con su jefe, lo que se tradujo en un considerable aumento de sueldo (no sabía hasta cuándo conseguiría mantenerlo con la simple esperanza de llevársela un día a la cama, pero mientras tanto ganaba bastante), además de la comisión por trabajar horas extras (al fin y al cabo, a él le gustaba tenerla cerca, temiendo tal vez que, si salía por la noche, encontrara un gran amor). Trabajó veinticuatro meses sin parar, pudo darles un mes de sueldo a sus padres, y ¡finalmente lo consiguió! Ahorró dinero suficiente para pasar una semana de vacaciones en la ciudad de sus sueños, el lugar de los artistas, la postal de su país: ¡Río de Janeiro!

El jefe se ofreció a acompañarla y a pagar todos sus gastos, pero María mintió, diciéndole que la única condición que su madre le había impuesto era dormir en casa de un primo suyo que practicaba jiu-jitsu, ya que iba a uno de los lugares más peligrosos del mundo.

-Además -continuó-, no puede usted dejar la tienda así, sin una persona de confianza a cargo.

-No me trates de usted -dijo él, y María notó en sus ojos aquello que ya conocía: el fuego de la pasión. Eso la sorprendió, porque creía que aquel hombre sólo estaba interesado en el sexo; sin embargo, su mirada decía exactamente lo contrario: «Puedo darte una casa, una familia, y algún dinero para tus padres». Pensando en el futuro, resolvió alimentar la hoguera.

Dijo que iba a echar mucho de menos aquel empleo que tanto le gustaba, a la gente con la que adoraba convivir (evitó mencionar a nadie en particular, dejando el misterio en el aire: «la gente», ¿lo incluiría a él?), y prometió tener mucho cuidado con su cartera y con su integridad. La verdad era otra: no quería que nadie, absolutamente nadie, estropease aquella primera semana de libertad total. Le gustaría hacer de todo, bañarse en el mar, hablar con extraños, ver las vidrieras de las tiendas, y estar disponible para que un príncipe encantado apareciese y la raptase para siempre.

-¿Qué es una semana, al fin y al cabo? -dijo con una sonrisa seductora, deseando estar equivocada-. Pasa de prisa, y pronto estaré de vuelta, atendiendo mis responsabilidades.

El jefe, desconsolado, resistió un poco pero acabó aceptando, pues para entonces ya estaba haciendo planes secretos para pedirle matrimonio en cuanto volviese y no quería precipitarse demasiado y estropearlo todo.

María viajó cuarenta y ocho horas en autobús, se hospedó en un hotel de quinta categoría de Copacabana (¡ah, Copacabana! Esa playa, ese cielo...), e incluso antes de deshacer las maletas, cogió un bikini que se había comprado, se lo puso, y aun con el cielo nublado, se fue a la playa. Miró el mar, sintió pavor, pero al final entró en sus aguas, muriéndose de vergüenza.

Nadie en la playa notó que aquella chica estaba teniendo su primer contacto con el océano, la diosa lémanja², las corrientes marítimas, la espuma de las olas, y la costa de África con sus leones, al otro lado del Atlántico. Cuando salió del agua, fue abordada por una mujer que intentaba vender sandwiches naturales, por un guapo negro que le preguntó si estaba libre para salir aquella noche, y por un hombre que no hablaba ni una palabra de portugués, pero que hacía gestos y la invitaba a tomar agua de coco con él.

María compró el sándwich porque tuvo vergüenza de decir «no», pero evitó hablar con los otros dos extraños. Y súbitamente se sintió triste, ahora que finalmente tenía la posibilidad de hacer todo lo que quería, ¿por qué reaccionaba de manera tan absolutamente reprochable? A falta de una buena explicación,

² Según el candombe ortodoxo, divinidad de las aguas saladas, reina del mar. (N. de la T.)

se sentó a esperar a que el sol saliese de detrás de las nubes, todavía sorprendida por su propio coraje, y por la temperatura del agua, tan fría en pleno verano.

El hombre que no hablaba portugués, sin embargo, apareció a su lado con un coco y se lo ofreció. Contenta de no verse obligada a hablar con él, María bebió el agua de coco, sonrió y él le devolvió la sonrisa. Durante un rato permanecieron en esa cómoda comunicación que no quiere decir nada, sonrisa por aquí, sonrisa por allá, hasta que él sacó un pequeño diccionario de tapas rojas del bolsillo y dijo, con un acento extraño: «bonita». Ella volvió a sonreír; claro que le gustaría encontrar a su príncipe encantado, pero al menos debía hablar su lengua y ser un poco más joven.

El hombre insistió, hojeando el pequeño libro: -Cenar hoy?

Y después comentó: -¡Suiza!

Y completó la frase con palabras que suenan a paraíso en cualquier lengua en que sean pronunciadas:

-¡Empleo! ¡Dólar!

María no conocía el restaurante Suiza, pero ¿acaso eran las cosas tan fáciles y los sueños se realizaban tan de prisa? Mejor desconfiar: «Muy agradecida por la invitación, estoy ocupada, y tampoco estoy interesada en comprar dólares».

El hombre, que no entendió una sola palabra de su respuesta, empezaba a desesperarse; después de muchas sonrisas por aquí, sonrisas por allá, la dejó durante algunos minutos, y volvió después con un intérprete. A través de él le explicó que era de Suiza (no era un restaurante, era el país), y que le gustaría cenar con ella, pues tenía una oferta de empleo. El intérprete, que se presentó como asesor del extranjero y agente de seguridad del hotel en el que éste se hospedaba, añadió por su cuenta:

-Si yo fuera tú, aceptaría. Este hombre es un importante empresario artístico, y ha venido a descubrir nuevos talentos para trabajar en Europa. Si quieres, puedo presentarte a otras personas que aceptaron la invitación, se hicieron ricas, y hoy están casadas y con hijos que no tienen que sufrir asaltos ni problemas de desempleo.

Y, completó, intentando impresionarla con su cultura internacional:

-Además, en Suiza hacen excelentes chocolates y relojes. La única experiencia artística de María se reducía a haber interpretado a una vendedora de agua, que entraba muda y salía callada, en la obra sobre la Pasión de Cristo que el ayuntamiento representaba durante Semana Santa. No había conseguido dormir bien en el autobús, pero estaba entusiasmada con el mar, cansada de comer sandwiches naturales y antinaturales, y confusa porque no conocía a nadie y necesitaba hacer un amigo en seguida. Ya había pasado por este tipo de situaciones antes, cuando un hombre lo promete todo y no cumple nada, de modo que esa historia de ser actriz no era más que una manera de intentar interesarla en algo que fingía no querer.

Pero, segura de que la Virgen le había dado aquella oportunidad, convencida de que tenía que aprovechar cada segundo de su semana de vacaciones, y conocer un buen restaurante significaba tener algo muy importante que contar cuando volviese a su tierra, resolvió aceptar la invitación, siempre que el intérprete la acompañase, pues ya se estaba cansando de sonreír y de fingir que entendía lo que el extranjero decía.

El único problema era, sin embargo, su mayor problema: no tenía ropa adecuada. Una mujer jamás confiesa estas intimidades (es más fácil aceptar que su marido la ha traicionado que confesar el estado de su armario), pero como no conocía a aquellos hombres, y tal vez jamás volviese a verlos de nuevo, resolvió que no tenía nada que perder.

-Acabo de llegar del nordeste, no tengo ropa para ir a un restaurante.

El hombre, a través del intérprete, le dijo que no se preocupase, y le pidió la dirección de su hotel. Aquella tarde, María recibió un vestido como jamás había visto en toda su vida, acompañado de un par de zapatos que debían de haber costado tanto como lo que ella ganaba durante un año.

Sintió que allí comenzaba el camino que tanto había ansiado durante su infancia y su adolescencia en la selva brasileña, conviviendo con la sequía, los chicos sin futuro, la ciudad honesta pero pobre, la vida repetitiva y sin interés: ¡estaba a punto de transformarse en la princesa del universo! ¡Un hombre le había ofrecido trabajo, dólares, un par de zapatos carísimos y un vestido de cuento de hadas! Le faltaba el maquillaje, pero la recepcionista de su hotel, solidaria, la ayudó, no sin antes prevenirla de que ni todos los extranjeros son buenos, ni todos los cariocas son delincuentes.

María ignoró la advertencia, se vistió con aquel regalo del cielo, se pasó horas delante del espejo, arrepentida de no haber llevado consigo una simple cámara de fotos para registrar el momento, hasta que finalmente se dio cuenta de que ya llegaba con retraso a su cita. Salió corriendo, cual Cenicienta, y fue hasta el hotel donde estaba el suizo.

Para su sorpresa, el intérprete dijo que no iba a acompañarlos y se fue:

-No te preocupes por el idioma, lo importante es que él se sienta bien a tu lado.

-Pero cómo, si no va a entender nada de lo que digo. -Justamente por eso. No tienen que hablar, es una cuestión de energía.

María no sabía qué significaba eso de «una cuestión de energía». En su tierra, la gente necesitaba intercambiar palabras, frases, preguntas, respuestas, siempre que se veían. Pero Mailson, que así se

llamaba el intérprete/agente de seguridad, le garantizó que en Río de Janeiro, y en el resto del mundo, las cosas eran diferentes.

-No tiene que entender, simplemente haz que se sienta bien. Es viudo, sin hijos, dueño de una discoteca, y está buscando brasileñas que quieran presentarse en el extranjero. Yo le dije que tú no dabas la talla, pero él insistió, diciendo que se había enamorado en cuanto te vio salir del agua. También dijo que tu bikini era bonito.

Hizo una pausa.

-Sinceramente, si quieres encontrar un novio aquí, tendrás que cambiar de modelo de bikini; aparte de este suizo, creo que a nadie más en el mundo le va a gustar; es muy anticuado.

María fingió que no lo escuchaba. Maílson continuó.

-Creo que no desea una simple aventura contigo; cree que tienes talento suficiente como para convertirte en la principal atracción de su discoteca. Claro que no te ha visto cantar, ni bailar, pero eso se puede aprender, mientras que la belleza es algo con lo que se nace. Los europeos son así: llegan aquí, creen que todas las brasileñas son sensuales y que saben bailar samba. Si es serio en sus intenciones, te aconsejo que le pidas un contrato firmado, con firma reconocida en el consulado suizo, antes de salir del país. Mañana estaré en la playa, frente al hotel, búscame si tienes alguna duda.

El suizo, sonriendo, la tomó del brazo y le mostró el taxi que los esperaba.

-Sin embargo, si su intención es otra, y la tuya también, el precio normal de una noche es de trescientos dólares. No lo dejes en menos.

Antes de que pudiese responder, ya estaba camino del restaurante con el suizo, que ensayaba las palabras que deseaba decir. La conversación fue muy simple:

-¿Trabajar? ¿Dólar? ¿Estrella brasileña?

María, sin embargo, todavía pensaba en el comentario del agente de seguridad /intérprete: ¡trescientos dólares por una noche! ¡Qué fortuna! No tenía que sufrir por amor, podía seducirlo como había hecho con el dueño de la tienda de tejidos, casarse, tener hijos, y dar una vida cómoda a sus padres. ¿Qué tenía que perder? Él era viejo, tal vez no tardase mucho en morir, y ella sería rica; a fin de cuentas, parecía que los suizos tenían mucho dinero y pocas mujeres en su tierra.

Cenaron sin hablar demasiado; sonrisa por aquí, sonrisa por allá, María fue entendiendo poco a poco qué era «energía». Él le enseñó un álbum con varias cosas escritas en una lengua que no conocía; fotos de mujeres en bikini (sin duda, mejores y más atrevidos que el que ella se había puesto por la tarde), recortes de periódicos, folletos chillones en los que lo único que entendía era la palabra «Brazil», mal escrita (¿acaso no le habían enseñado en el colegio que se escribía con «s»?). Bebió mucho, por miedo a que el suizo le hiciese una proposición (después de todo, aunque jamás lo hubiese hecho en su vida, nadie puede despreciar trescientos dólares, y con un poco de alcohol las cosas son mucho más simples, sobre todo si no hay nadie de tu ciudad cerca). Pero él se comportó como un caballero, incluso apartó la silla cuando ella se sentó y se levantó. Al final, dijo que estaba cansada, y concertó una cita en la playa para el día siguiente (señalar el reloj, enseñar la hora, hacer con la mano el movimiento de las olas del mar, decir, «ma-ña-na» muy despacio).

Él pareció satisfecho, miró también su reloj (posiblemente suizo), y estuvo de acuerdo con la hora.

No durmió bien. Soñó que todo era un sueño. Despertó y vio que no lo era: había un vestido en la silla de la modesta habitación, un hermoso par de zapatos y una cita en la playa.

Del diario de María, el día en que conoció al suizo:

Todo me dice que estoy a punto de tomar una decisión equivocada, pero los errores son una manera de reaccionar. ¿Qué es lo que el mundo quiere de mí? ¿Que no corra riesgos? ¿Que vuelva al lugar del que vengo, sin valor para decirle «sí» a la vida?

Ya reaccioné equivocadamente cuando tenía once años y un niño me pidió un lápiz prestado; desde entonces, entendí que a veces no hay una segunda oportunidad, que es mejor aceptar los regalos que el mundo nos ofrece. Claro que es arriesgado, pero ¿será el riesgo mayor que un accidente del autobús que tardó cuarenta y ocho horas en traerme hasta aquí? Si tengo que ser fiel a alguien o a algo, en primer lugar tengo que ser fiel a mí misma. Si busco el amor verdadero, antes tengo que cansarme de los amores mediocres que encuentre. La poca experiencia de vida que tengo me ha enseñado que nadie es dueño de nada, todo es una ilusión, y eso incluye tanto los bienes materiales como los bienes espirituales. Aquel que ya perdió algo que daba por hecho (algo que ya me ocurrió tantas veces) al final aprende que nada le pertenece.

Y si nada me pertenece, tampoco tengo que perder mi tiempo cuidando cosas que no son mías; mejor vivir como si hoy fuese el primer (o el último) día de mi vida.



Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

